

Finales de los años 70,
Barcelona...

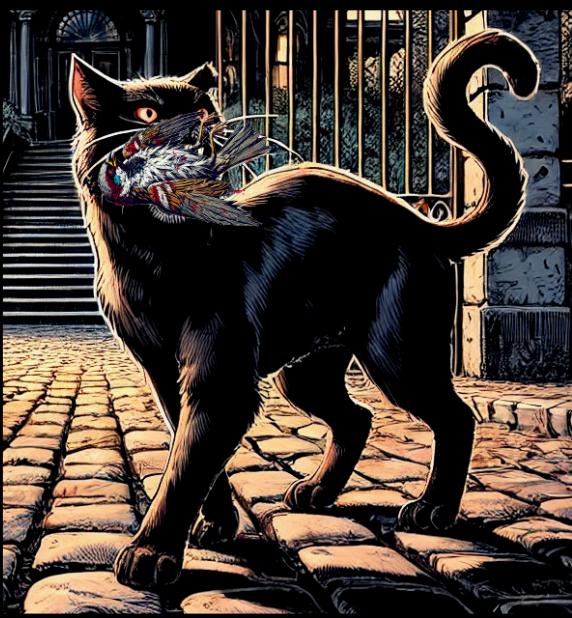
Un lugar mágico. Calles
antiguas y callejones ocultos
te transportaban en el
tiempo. Hermosas iglesias y
casas ancestrales se
mantenían tranquilamente,
guardando secretos del
pasado.



Tenía quince años y vivía en un internado en una colina cerca del barrio de Sarriá. Cada día, las clases terminaban a las cinco y veinte minutos. Ese era mi momento favorito. Estuvimos libres durante casi tres horas antes de la cena. En lugar de estudiar, me colaba por las puertas de la escuela y deambulaba por la ciudad.



En la parte antigua de Sarriá, pasaba mansiones en decadencia con puertas cerradas y jardines crecidos. Algunos de estos edificios parecían abandonados, pero en unos pocos, familias todavía vivían, aferrándose a los recuerdos del pasado. Al anochecer, a menudo sentía que alguien me observaba desde detrás de ventanas polvorrientas.



Una tarde, una calle solitaria me llevó a una puerta oxidada que se abría a un jardín escondido. Más allá, se alzaba una casa oscura de dos pisos. El viento suspiraba entre los árboles enredados, y el lugar se sentía extraño. De repente, vi un gato gris con ojos amarillos brillantes. Sostenía un pequeño gorrión moribundo en su boca. El gato desapareció entre las barras de hierro de la puerta.

Me sentí curioso y empujé la puerta. Se abrió de par en par. La luz de la luna brillaba en el rostro de una sirena de piedra en una fuente antigua. El silencio me envolvía como una manta fría. Fue entonces cuando escuché la voz más hermosa cantando desde el interior de la casa, como una suave melodía llevada por el viento.



Siguiendo el sonido, encontré una puerta que estaba ligeramente abierta. Un resplandor cálido parpadea desde las velas dentro. En una mesa pequeña, vi un viejo tocadiscos emitiendo una encantadora voz. Al lado, yacía un brillante reloj de bolsillo dorado. Al recogerlo, mi corazón latía con emoción y miedo. Luego noté un sillón frente a una chimenea. Un retrato al óleo de una mujer vestida de blanco colgaba en la pared encima, sus tristes ojos grises parecían observarme.



De repente, una figura se levantó del sillón. Vi largas cabelleras blancas y dos grandes manos pálidas extendiéndose hacia mí. Aterrorizado, tropecé hacia atrás y derribé el tocadiscos. La música se transformó en un terrible chillido. Corré hacia el jardín, sin atreverse a mirar atrás. Mi corazón golpeaba en mi pecho mientras corría de regreso al internado.



Cuando finalmente llegué a mi habitación, todavía sostenía el reloj dorado. Fuera de mi ventana, la luna brillaba sobre la ciudad tranquila. Mi corazón seguía latiendo rápido y apenas podía creer lo que había sucedido. Pero sabía, de alguna manera, que mi vida nunca volvería a ser la misma después de esa noche.

Late 1970s, Barcelona...

A magical place. Old streets and hidden alleys carried you back in time. Beautiful churches and ancient houses stood quietly, holding secrets of the past.



I was fifteen years old and lived at a boarding school on a hill near the neighborhood of Sarriá. Every day, classes ended at twenty minutes past five. That was my favorite moment. We were free for nearly three hours before dinner. Instead of studying, I would sneak past the school gates and wander through the city.



In the old part of Sarriá, I passed decaying mansions with locked gates and overgrown gardens. Some of these buildings looked abandoned, but in a few, families still lived, holding onto memories of the past. At dusk, I often felt someone watching me from behind dusty windows.



One evening, a lonely street led me to a rusty gate that opened into a hidden garden. Beyond it stood a dark, two-story house. The wind sighed through the tangled trees, and the place felt strange. Suddenly, I saw a gray cat with bright yellow eyes. It held a small, dying sparrow in its mouth. The cat disappeared between the iron bars of the gate.

I felt curious and pushed on the gate. It swung open. The moonlight glinted on the face of a stone mermaid in an old fountain. Silence wrapped around me like a cold blanket. That was when I heard the most beautiful voice singing from inside the house, like a soft melody carried by the wind.



Following the sound, I found a door that was slightly open. A warm glow flickered from candles inside. On a small table, I saw an old record player sending out the lovely voice. Next to it lay a shiny gold pocket watch. As I picked it up, my heart thumped with excitement and fear. Then I noticed an armchair facing a fireplace. An oil painting of a woman in white hung on the wall above it, her sad gray eyes seeming to watch me.



Suddenly, a figure stood up from the chair. I saw long white hair and two large pale hands reaching out. Terrified, I stumbled backward and knocked over the record player. The music twisted into a terrible screech. I raced out into the garden, not daring to look back. My heart hammered in my chest as I ran all the way back to the boarding school.



When I finally reached my room, I was still holding the gold watch. Outside my window, the moon shone over the quiet city. My heart was still beating fast, and I could hardly believe what had happened. But I knew, somehow, that my life would never be the same after that night.